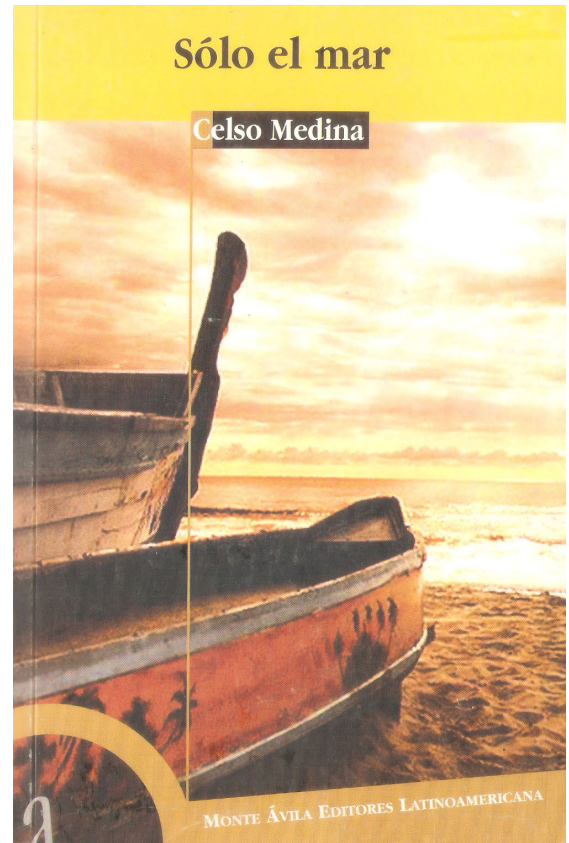


# Poética y escritura de Celso Medina\*

**Carmen Ruiz Barrionuevo**  
**Universidad de Salamanca**



**A**l revisar ahora la trayectoria creativa de Celso Medina se observa una doble vertiente, la de la poesía lírica y la del ensayo creativo. Por un lado ha continuado escribiendo en verso consolidando su producción poética, y por otro, se ha volcado con acierto en el aspecto analítico que implica la prosa ensayística. Ambas facetas, imbricadas en su trayectoria, constituirían el haz y el envés de una dedicación constante y en cuyo último rasgo reside un esfuerzo reflexivo muy personal acerca de la poesía y de la obra de los poetas. Es evidente que estas elaboraciones redundan también en su labor académica, y que las dos actividades escriturales, la poesía y la exploración ensayística, repercuten y canalizan una única actividad en la que lo sentimos dominador de sus estrategias.

Por eso para presentarlo esta tarde, dentro de las actividades de la Cátedra José Antonio Ramos Sucre de

la Universidad de Salamanca, vamos a trazar las dos vertientes. En el apartado poético su obra da comienzo con *Oleaje* (1977), continúa luego con *Misterios gozosos* (1979) y *Epígrafes para el ave de la sed* (1994). *Sólo el mar* en 2008 reúne y amplía su obra poética e incorpora otro libro, *Mar encallado y otros naufragios*, que contiene sus poemas de 1997 a 2002 y que significa la madurez de su trayectoria. A estas entregas ahora se suma otro título, *Rubor*, por ahora inédito. También hay que tener muy en cuenta un texto aparecido este mismo año, se trata de la traducción de *El cementerio marino* (2016) de Paul Valéry que incorpora una meditación y una propuesta de lectura del poema del autor francés.

Acercas de sus primeros libros Rafael Rattia supo ver que la poesía de *Misterios gozosos* “es una recreación memoriosa de una infancia recuperada por la palabra que vuelve a fundar, por [esa misma] palabra [...] el reino perdido del origen” y en los poemas de *Oleaje* percibió que dentro de la

economía sintáctica de su lirismo se podría encontrar una persistencia en la ontologización de los objetos y también una acentuada línea marina que persevera en poemarios posteriores, como *Epígrafes para el ave de la sed*, donde asoman temas fundamentales y obsesivos como el mar o el agua, el paisaje y la tierra, el hombre y su transcurso. La pertenencia marina se marca bien en este último libro citado donde el primer poema, “Animal marino”, alcanza una intencionada propuesta en la que la poesía explora el nacimiento de la memoria mediante un sujeto que se aferra a un medio líquido y en el que se valora la productividad resistente bajo el fondo marino. Así establece algunas salientes comparaciones, tal es el caso de este verso: “Como algas abriéndose a la boca del pez voy”, convocando un residuo productivo que aúna la memoria y la muerte: “Nado con la muerte encima / Zorro pez liebre / Una flecha irrumpe en algas” (16). Estas y otras imágenes confirman la búsqueda y se traducen en un mundo fragmentario que formula gérmenes de preguntas y respuestas, que solo alcanzan a concretarse en balbucientes comunicaciones al explorar el ser de ese animal marino poseído de múltiples y contradictorias posibilidades, siempre en el lindero de la muerte pero a la vez con una exigencia de vida: “Dime / Dónde zarpó tu cuerpo / Qué huesos urdieron el velamen / Qué sirena te sedujo (17).

Si abordamos otro de sus libros, *Mar encallado y otros naufragios*, se observa que su trayectoria poética ha logrado una amplia consolidación. No en vano Carlos Brito señaló en 2005 que si algo le da cuerpo a este conjunto “es su sagrada alianza con la memoria” y su empeño en querer librarse de “las tenazas del olvido”. Un libro signado por la memoria en el que “la escritura se vuelve un inventario de las iniciales sensaciones: el mar, la piedra, el pez, el ave, la luz, la sal y el cielo dejan de ser simples presencias de una realidad cercana para convertirse en las afirmaciones que sólo el estupor logra rescatar”. Por mi parte aprecié en ese libro, inédito entonces, “un cambio de tono asegurado por el juego temporal pasado-presente, y también por la inserción de un sujeto poético en gozosa y conflictiva relación con su entorno”, aunque actúe en las mismas constantes que en el libro precedente. Se aprecia en él una mayor objetivación de los motivos como es visible en el emotivo y magnífico poema “Saludos a la calle de greda”, en el que los lugares concretos y tangibles bordean la figura del amigo y los espacios recuperados del tiempo infantil:

Amigo Pedro

Saludos. Tus manos abanicán el tiempo  
 en la duermevela de una tarde húmeda  
 y aún piensas que el porvenir  
 es la misma brisa  
 el mismo estallido de un sol que apedrea  
 el rostro de hombres muriendo en sus ritos.

Saludos. Esta carta no tiene más pretensión  
 que la de alabar tu estoicismo  
 envidiar tu impavidez  
 Saludos.

Como hice notar en otra ocasión, en un poema como “Cerro ocre”, la tierra y el mar se identifican con el paraíso perdido, del que brotan anécdotas que combinan la nostalgia y el sentimiento de lo irrecuperable, porque sin duda en la poética de Medina el hombre remite a su origen marino, es el desterrado de las fértiles praderas oceánicas y está condenado al recodo estéril de una tierra sedienta y agrietada. Pero a la vez, asumido su destierro en el inevitable carácter terrenal, tierra, piedra y seres vivos se constituyen en preguntas urgentes, desasosegantes. Otro poema de la misma temática que destaqué también entonces, el titulado “El mar”, expresa parecida sensación ante el agua, asumido por el ejercicio de la natación, y por el contacto físico y sensible que sin embargo contamina el entorno, una contaminación que ha de entenderse de forma ecológica pero también como simple esfuerzo de pervivencia en un itinerario en el que los mapas no existen y los trazos, inestables, se borran. Y sin embargo esos elementos naturales dependen de ese sujeto que los nombra, deben confiar en el cuerpo que los limita y en la mente que los organiza. Porque ese sujeto experimenta una responsabilidad radical ante el entorno en el que surge, consciente de su lucha, de su inagotable caminar, pero también de su final, en el encallamiento terreno del ser que emergió del mar.

El poemario que nos entrega por primera vez, *Rubor*, continúa la nueva etapa del libro precedente, sin embargo se percibe un nuevo giro, la búsqueda del ser en el asedio de las definiciones, así en el inicial “El gallo posmoderno”, en “Un tren”, y “El sin cara”, que penetra en la simbología del espejo, o también “Un poema de amor” exploración de la palabra y sus posibilidades de decir, o “Somos”. Les siguen una serie de poemas que se instauran en la espacialidad de las calles (“Una historia empedrada”), y en el mar, motivo recurrente en su poesía (“El mar solo el mar / Vientre cómodo / donde aún respiro”) o el destacado poema que lleva el título del libro “Rubor”. Se percibe también una expansión del cuerpo de los poemas que alcanzan mayor dimensión, y la incorporación de motivos clásicos como Sísifo en “Fábulas”, y Narciso en “Diario de Narciso”, hasta alcanzar la formación de un poema dramático en “Los sueños del Minotauro”. No es posible extenderme más en este libro que sin duda significa mucho en su trayectoria de poeta. Esperamos su publicación.

Hay que sumar a esta labor poética directa, la traducción de *El cementerio marino* (1923) de Paul Valéry, un reto de importancia ya que exige primero interpretar la poética del poeta que se traduce, por lo que establece en el preámbulo

una serie de consideraciones previas que resultan indispensables: “El poema es una conjura de ideas que se da cita en un espacio metafísico” (13) y cómo abundando en la poética del poeta francés, Valéry concibe la poesía como “hacer” frente a la prosa que practica el “decir”, por lo que la poesía no será nunca esclava de la realidad como resulta ser la prosa. Celso Medina destaca la importancia de las imágenes en el poema traducido, y ello es resaltado en la introducción trazando aproximaciones a Ramos Sucre y José Lezama Lima, así como también procede a procesar algunas fundamentales interpretaciones críticas, como la de Gustave Cohen, por ejemplo. Pero no olvidemos que esta es la reflexión previa con la que todo traductor se enfrenta ante un autor de otro idioma, porque “Traducir no es trasladar, porque cada idioma tiene su propia literalidad y no se traduce llevando significados de un idioma a otro. Incluso en nuestras mismas lenguas, leer un poema siempre implica una traducción, porque el poema es una máquina metafórica esencialmente” (20).

La traducción de Celso Medina se suma a otras precedentes que él mismo señala, la de Jorge Guillén (1929), la de Mariano Brull (1930) y la de Néstor Ibarra (1931) y en Venezuela, la de Alí Lameda (Caracas: Imagen, N° 110, enero-junio, 1977) y recientemente la de Manuel Cabeza en la revista digital Letralia. Recuerda Medina al respecto: “Cada traductor es un músico que toca la partitura del poema. Yo también quise tocar esa poética que sugiere Paul Valéry. Las notas no pueden ser seguidas atendiendo al juego que dice haber hecho con sus decasílabos ni con sus rimas, porque los mismos son intraducibles. La música tiene un lenguaje transversal. Procuré ir a ese lenguaje, poniéndole mi plus subjetivo y existencial” (20).

Si en el ámbito de la poesía la obra de Celso Medina ha crecido en estos años, en el apartado del ensayo creativo, su obra tiene ahora mayor relieve. En una pasada ocasión comenté el interés que tenía el ensayo de “La poesía en el desierto posmoderno” de 1999 donde reflexionaba sobre la exaltación del presente en la lírica mediante una urdimbre de imágenes, ahora contamos con una serie de ensayos reunidos en un libro *El poeta y su epopeya ética* (2013) en el que podemos observar los registros de su trabajo. Es este un libro que consta de tres apartados bien distribuidos en los que aborda, en el primero, el tema de la poesía desde diversas facetas de comprensión, en el segundo recoge artículos sobre poetas de diversas procedencias con el predominio de los de lengua española y en el tercer apartado se refiere a algunos poetas venezolanos. En general el libro tiene interés porque se observa el dominio de alguien que ha reflexionado mucho sobre la poesía y también ha leído con acierto y profundidad.

La primera parte es, por definirla de alguna manera, la más teórica, contiene ensayos como los titulados, “La poesía ese duro oficio de vivir”, “La ética de Sherezada”, “El poema

y su escritura”, “Sobre el amor y la poesía”. Me referiré a algunas de las ideas que expone en el primero de los títulos donde parte de la total exposición del poeta en su oficio, en el que debe comprometer todas sus funciones vitales. Si por un lado nos ofrece el gesto de Rilke como poeta, por otro se aferra al ejemplo de uno de los mayores poetas venezolanos, José Antonio Ramos Sucre, queriendo vivir “entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos” (12). La eticidad de la poesía se resguarda, para el ensayista, en el decir de Víctor Valera Mora, “ético es el paso del poeta por el mundo”, ese sentido que hace que su destino constituya un peso en su vida, porque “la poesía es ideológicamente antimoderna; prefiere el caos, se inclina por un incesante trastrocamiento del orden, para construir desconstruyendo. Es esa la razón por la cual la poesía devino oficio de hombres que sobrellevan con resignación su duro vivir” (13). Una conclusión se impone, “si el lector quiere acompañar al poeta, debe abandonar el afán de las certezas y proseguir el oficio de los enigmas” (14). Es pertinente recordar ahora a Hilde Domin que afirmaba que “La lírica solo da la esencia de lo que le acontece al hombre. Ella nos une otra vez con la parte de nuestro ser que no ha sido rozada por los compromisos, con nuestra infancia, con la frescura de nuestras reacciones”. La “comunicación de lo no –o apenas- comunicable” (¿Para qué la lírica hoy?, 21). Esta idea de Domin también subyace en las reflexiones de Celso Medina.

Otros temas se suman en estos ensayos como el de la libertad que trata en “La ética de Sherezada”, donde parangona el oficio de la incansable contadora de cuentos con el del escritor porque “Su oficio es una responsabilidad, pero a la vez es un modo de asumir la libertad. Ella decide voluntariamente enfrentar al Sultán, a través de su encantatorio don de relatar” (17). Gran interés tiene el ensayo titulado “El poema y su escritura” (24), donde discurre sobre la entraña misma del poema como un caos cifrado, un espacio “pleno de enigmas, que demanda del lector una atenta lectura” (24) o “lo que es lo mismo: un espacio en el que la realidad circula al margen de toda lógica lineal” (25). Estas elucubraciones lo conducen a explicar el poema «Animal Marino», que apareció en el poemario Epígrafes para el ave de la sed (27).

El segundo apartado del libro se ocupa de autores del presente y del pasado. Podemos recordar aquí que TS Eliot, al que justamente presenta en el primero de los trabajos, escribió que “si carecemos de literatura viva nos volveremos cada vez más ajenos a la literatura del pasado; a menos que mantengamos la continuidad, nuestra literatura pasada se nos volverá más y más remota hasta que nos resulte tan extraña como la de un pueblo extranjero” (Sobre poesía y poetas, 17). Así aborda con gran perspicacia el tema del poeta en *Azul...* de Rubén Darío, donde percibe el tema “del marginamiento del poeta, que no es nuevo en la literatura

moderna; ya en los simbolistas franceses se aprecia, y el mismo configura un modo de concebir el oficio del artista en la sociedad burguesa” para añadir que “Los simbolistas heredan esa preocupación del Romanticismo” (65). Luego se suman en la compilación interesantes análisis de la etapa creacionista de Huidobro (“De Ecuatorial a Altazor” 75), la poesía de Neruda, de Antonio Colinas y de Antonio Machado. Una tercera parte aproxima el análisis a la poesía de autores venezolanos como “Ana Enriqueta Terán o la plenitud del vacío”, “Tradición poética y mito en la poesía de Elí Galindo”, “Gustavo Pereira, oír al indio” y “Víctor Valera Mora o el paso ético del poeta”. Todos estos trabajos merecerían mayor comentario por nuestra parte y nos certifican las excelentes lecturas de los poetas en una rigurosa trabazón de los temas, lo que hace del libro un interesante trabajo para el conocimiento de la poesía de nuestra época.

### Obras citadas

Brito, Carlos, “Viaje a la memoria originaria”, [sin datos de publicación].

Domin, Hilde, *¿Para qué la lírica hoy?*, traducción Juan Faber, Barcelona, Editorial Alfa, 1986.

Eliot, TS, *Sobre poesía y poetas*, traducción Marcelo Cohen, Barcelona, Icaria Editorial, 1992.

Medina Celso, *El cementerio marino*. Traducción

y estudios del poema de Paul Valéry. Fundarte-Alcaldía de Caracas, 2016.

Medina, Celso: *Epígrafes para el ave de la sed*, Caracas, Coedición Centro de Actividades Literarias “José Antonio Ramos Sucre y Dirección de Literatura del CONAC, 1994.

Medina, Celso: *Mar encallado y otros naufragios en Sólo el mar*, Caracas, Monte Ávila, 2008, pp. 107-157.

Medina, Celso, *Misterios gozosos*. Editorial Carlos Aponte, 1979.

Medina, *Oleaje*, Editorial Cara o Sello, Cumaná, 1977.

Medina, Celso, de 1999, “La poesía en el desierto posmoderno” en *Espéculo*, número 11, 1999; [http://www.ucm.es/info/especulo/numero11/des\\_post.](http://www.ucm.es/info/especulo/numero11/des_post.)

Medina, Celso, *El poeta y su epopeya ética*. Caracas, Editorial Fundarte, 2013.

Medina, Celso, *Solo el mar*. Monte Ávila, Caracas. 2008.

Rattia, Rafael, “Los misterios gozosos de Celso Medina”. [sin datos de publicación]

+

**\* Texto leído en Salamanca, con motivo del XXII Encuentro de Escritores Venezolanos Cátedra José Antonio Ramos Sucre, 28 de noviembre de 2016.**